



José María Cañas.

"LA CUCAÑA VACUA"

Cada vez que nuestra balanza de pagos arroja unos números en rojo, el Gobierno anuncia la necesidad de que el colón en relación con el dólar, pierda valor. En otras y más sencillas palabras, que el dólar aumente de precio. O lo que es lo mismo, en ya más dolorosas palabras, el colón valga menos.

Cuando el comentarista era joven, el dólar costaba a los costarricenses la adorable cifra de dos colones veinticinco. Alrededor del final de la primera guerra mundial, el dólar cambió su encantador precio original, por el de cuatro colones. Y desde que salimos de la segunda guerra mundial, el dólar se nos encajó en la inquietante cifra de seis colones con sesenta y cinco céntimos. Las circunstancias de la vida, que nunca faltan problemas, nos metieron en una serie de complicados enredos económicos por los cuales nuestra balanza de pagos se desfinanciaba con una asiduidad inquietante al parecer, visto el asunto, así, como de primera ojeada. Pero conforme pasaron los años y los Gobiernos, si bien nos acostumbramos a "la danza de la Balanza", nunca nos acomodamos, pese a ser aceptado con resignación cristiana y con alto espíritu patriótico, el sacrificio de que el cambio se fuera por las nubes, bajo la promesa de que pronto las aguas volverían a su cauce. Durante los Gobiernos de Ulate, Figueres, Orlich y Trejos —y me temo no recordar si también en el de Echandi— los periódicos anunciaron, como ya se había hecho costumbre, que el sacrificio de pagar los dólares al 8.60, era inevitable, si queríamos tener una Balanza sana y un crédito futuro de solvencia internacional.

El costarricense, que es cazurro de natural, comenzó a intuir que a las generaciones de ahora, les estaba tocando vivir en función del "futuro", lo que equivalía a pasar hambre hoy, para que no las pasaran los nietos nuestros, sin que exista, dentro de los

mecanismos económicos de la sociedad capitalista, máquina alguna que nos garantice que tan agradable fenómeno del ~~nos~~ ocurrirá inexorablemente. La realidad es que ahora las estamos viendo negras, y las seguirán viendo negras todos nuestros descendientes, mientras nuestros capitales no amolden su fantasía a la realidad; en tanto sostengamos los humos de querer ser potencia mundial, — hasta que nuestros conductores no se encajen, uno tras otro, en la realidad irreversible de que somos un país pequeño, no de mucha riqueza natural, trabajadores en forma prudente y con bellísimos paisajes, a los que se le agrega el clima primaveral, todo lo que constituye confabulación para tener de la vida un sentido epicúreo y concupiscente.

Cuando el precio del dólar sube, sube el precio del tomate. Esa pudorosa planta que nace donde alguien haya dejado caer la semilla contenida en delgada lasca de la verdura, en los restos de un "sanwiche", logra su valoración a la misma hora que lo hace el dólar. Y con el tomate, todos y cada uno de los artículos que tiene a la venta la sociedad de consumo en joyerías, verdulerías, almacenes, tiendas en serie, mercados y abastecedores, por la razón directa de que el precio del dólar alzado, encarece los mil artículos que todos necesitamos por igual, desde el financiero hasta el hortelano. La baja del valor del colón, que es el aspecto que más directamente nos azota, produce inquietud en toda la población ya que su primer efecto es demostrar, con un positivismo irrefutable, que los salarios, pensiones y rentas, comienzan a terminarse "antes", lo que quiere decir, que comienzan a "no alcanzar". El reflejo de tan adversas circunstancias produce las continuas peticiones de alza de salarios, que degeneran en huelgas, muchas de las cuales si no llegan a la violencia es por puro milagro. Ese es el momento en que la armazón de Derecho del país inicia su proceso de convertirse en agua de borrajas. Ya alguien dijo que las "huelgas eran huelgas", razón suprema para que la armazón jurídica pase a ser "tortas y pan pintado".

En nuestra organización moderna, los Colegios de profesionales se dan prisa en fijar salarios mínimos para sus colegas, y ello se hace a tono con el valor del dólar y el precio de los comestibles más otros utensilios que el hombre usa. Esto equivale a darle fijeza y permanencia al envilecimien-

to del colón, que termina por no servir ya ni para dar limosna.

A lo largo de nuestra historia, en los últimos años, por mor de los compromisos que hemos ido acumulando para lograr los servicios que dicen ser indispensables para el pueblo, varias veces la escasez de dólares ha realizado el mismo fenómeno. Pero es justo dejar aquí constancia que en todas las citadas ocasiones, el alza se produjo por un tiempo limitado y necesario. Terminado el periodo de sacrificio, el precio del dólar volvió a su valor anterior. Dijimos que el costarricense, que es como el papel, pues aguanta todo lo que le pongan, (líneas amarillas por doquier, parquímetros como negocio y no como solución a problemas de tránsito —irreversibles mientras no pongan a funcionar el encendido de los semáforos al derecho lógico y no al revés ilógico— gasolina a cuatro y medio, etc., etc.) soporta carga tras carga (impuesto tras impuesto), con una resignación cristiana que commueve. Pero estos sacrificios, antes, tenían un límite, y no ahora, que son "ad libitum", o seáse, hasta la consumación de los siglos, si no baja Dios a reparar la cosa.

Una voz oficial anunció la posibilidad de que ese cambio sería necesario por "veinticinco años" más, cantidad que está de moda. Y que con ella, el comentarista se ha despedido del 6.65, con lágrimas en los ojos, pues ya él, por lo menos él, no lo verá nunca en lo que le resta de vida.

Esto nos parece totalmente arbitrario. El Lic. don Jaime Solera y el Lic. don Oscar Barahona Streber, han hablado y escrito sobre temas económicos del momento. Y ambos coinciden en los puntos monetarios, manifestando, si no nos equivocamos, en que la solidez o por lo menos, la permanencia del colón en un valor prudente, pareciera ser la estabilidad económica a la que aspira un pueblo que, teniendo estabilidad política y segura su vida, no posee estabilidad económica, que es como no poseer seguridad en el ejercicio necesario del comer.

Don Alberto Martén nos ha concedido en tres artículos magníficamente contruidos, el problema del país desde su punto de vista, llamando a nuestro destino inmediato, "catástrofe

económica". En el cuarto, no menos bien construido, expone su plan al que moteja de "milagro económico", pero cuyo meollo escapa a nuestra preparación rudimentaria del que, como este gacetillero, es económico, de natural y educación pero no economista y menos, desde luego, financiero.

De lo dicho por los dos primeros, tenemos la impresión de que una actitud "austera, una vida menos concupiscente, podría llevarnos a moldes más reales y verdaderos", pero el Sr. Solera en su intervención con "Patria joven" prepara al televidente a seguir con el enrevesado problema de vivir usando un colón que caía día se hace más anémico, para lograr tramontar el mal quinquenio, o la mala década, o la descalabrada centuria, que nadie sabe cuándo se llegará a tierra firme. Injusta la expiación de un pecado, por parte de los "débilmente económicos", que no tuvieron parte en el desatino.

Todo esto me parece absurdo. Es muy importante que el país desarrolle servicios y realice imaginarias de gran resultado para el futuro, pero no se le encuentra explicación, a que tenga que vivir —y ahora por segunda vez me refiero a las clases económicamente débiles— en una constante desesperación, ya sea por el poco valor del dinero como por las peticiones y huelgas a que se ven abocados de continuo. La incertidumbre es la peor calamidad que vive el hombre. La tranquilidad, es el más preciado don de la vida social.

El país ha hecho un sacrificio por tres años; y ha alcanzado el momento en que el conglomerado llega a tocar la "cucaña". (Ahora, como si no existiera un auténtico nombre en castellano a este juego le están buscando un nuevo sustantivo complicado, como del "palo encebado"). Tres años le ha costado a Costa Rica llegar a que la "pega" de obligaciones en dólares, esté a punto de desaparecer. Tres años le ha costado al país, el lograr que la Balanza de Pagos muestre un saldo en negro o azul, realmente satisfactorio. Y cuando el país se frotaba las manos aplaudiéndose a sí mismo, por la energía, el sacrificio y el titánico esfuerzo largo y doloroso, resulta que "el premio" de la "cucaña", colocado en tan alto punto que nos cansó a todos y consumió nuestras últimas fuerzas, es una bolsa vacía en donde no hay ni asomo de que el colón tornará a su precio normal para que la vida baje, como con el presidente Trejos, y sea un adarme más apacible, que el rudo luchar sin saber el terreno que se está pisando. Y este es el ejercicio que el costarricense, con ática y alada gracia, llama "pararse en lo seco".